dado de mis árabes, marchaba apaciblemente en su fila en la caravana, mientras que no encontraba mas que turcos, árabes vestidos á la turca, ó sirios; mas si advertia un beduino montado sobre un caballo del desierto, se convertía en un animal completamente distinto: su ojo se inflamaba, se hinchaba su cuello, su cola se levantaba, y batía sus flancos como un látigo; se alzaba de manos y marchaba asi bajo el peso de su silla y ginete; no relinchaba entonces; pero lanzaba un belicoso grito, como el de una trompeta de bronce, un grito que asustaba á todos los caballos, en términos que se paraban, é inclinaban las orejas al escucharlo.

El mismo dia.

Despues de cinco horas de marcha, durante las cuales parecia que el rio Jordan se alejaba, llegamos á la última elevacion, al pie de la cual debia correr; mas aunque nos hallábamos á doscientos ó trescientos pasos de él, no distinguíamos delante de nosotros sino el llano y el desierto, y ninguna apariencia de rio: sin duda es esto lo que ha hecho decir y creer á algunos viajeros que las aguas cenagosas del Jordan corrian sobre un cáuce de piedras, y entre dos márgenes de arena en el desierto de Jericó. Estos viajeros no pueden haber llegado hasta el rio; y no viendo desde lejos sino un océano de arena, no han podido imaginarse que existia un oasis profundo, fresco, sombreado y delicioso, mas bajo que el monotono desierto, en que el Jordan tenia su cáuce, cuyas aguas corrian murmurando por él á flor de tierra, y cuyo oasis estaba cubierto por una sábana de verdura que envi-

CAPILLA ALFONSINA

diaria el mismo Támesis. Nosotros quedamos admirados y confundidos, cuando llegados al borde de esta llanura de arena que queda cortada de improviso, vimos un valle que parecia ahondado á golpe de pico, y que es uno de los mas amenos en que se habia fijado nuestra vista. Asi es que pusimos nuestros caballos al galope, y nos precipitamos en este valle atraidos por la frescura, la humedad y la sombra que le cubre. Por todo él no se veía otra cosa que una capa de menuda yerba del mas hermoso verde; crecian indistintamente matas de juncos en flor, y bulbosas plantas, cuyas flores sembraban de estrellas de todos los colores el musgo y el pie de los árboles; bosquecillos de arbústos, cuyos largos y flexibles vástagos volvian á caer como penachos al rededor de sus multiplicados troncos; grandes álamos de Persia, cuyas ligeras ramas no se elevaban en pirámides como las de los nuestros, sino que esparcian libremente por todos lados sus nerviosos miembros como los robles, y cuya corteza lisa y blanca reflejaba los rayos móvibles del sol de la mañana; bosques de sáuces de toda especie y de tan espesos mimbres que era imposible penetrar por ellos, tanto por su espesor y apiñamiento, como por las innumerables enredaderas, que serpenteaban á sus pies, y que se entretejían de un vástago al otro, formando un enrejado impenetrable. Estos bosques se estendian hasta perderse de vista por ambas márgenes del rio, y eran tan sumamente espesos, que nos fué preciso apearnos y acampar en uno de los mas claros puntos para llegar hasta el curso del rio, cuyo ruido oíamos sin verlo todavia. Avanzábamos, pues, no sin mucho trabajo, ya entre la terrible espesu-

ra, ya al través de los altos vástagos de juncos, y encontramos por fin un punto donde solo habia musgo á la orilla del agua: en ella mojamos nuestros pies y nuestras manos.

El Jordan podrá tener allí de ciento á ciento y veinte pies de anchura; su profundidad parece considerable, y su curso es rápido como en Ginebra el del Ródano. Sus aguas son de un color azul caido, ligeramente empañado por la mezcla de terrenos que atraviesa y de las tierras que arrastra; nosotros oimos frecuentemente los terrones que se desplomaban de sus márgenes, los cuales están cortados perpendicularmente; pero la corriente los cubre hasta el pie de los juncos y de los árboles que allí crecen. Estos árboles, minados muchas veces por las aguas, dejan colgando y arrastrando sus raices, y desarraigados y faltos de apoyo sus troncos, por la tierra que se desploma, se inclinan con todo su ramage sobre el agua, ahondan sus ramas en ella, y se elevan como arcos de verdura de la una á la otra orilla. Sucede que la corriente arrastra alguno de estos árboles con la porcion de suelo que lo sostiene, y sobrenada en el rio con su hojarasca, sus enredaderas arrancadas y enganchadas en sus ramas, con pájaros sobre ellas y sus nidos sumergidos; de estos vimos pasar muchos durante las pocas horas que permanecimos en este oasis encantador. Sigue el bosque todas las sinuosidades del Jordan, y por todas partes le va tejiendo una guirnalda de ramas y de hojas que se mojan en el agua y hacen murmurar sus ligeras olas. Este bosque impenetrable está habitado por muchedumbre de pájaros, y los árabes nos advirtieron que no dejásemos las armas de la mano

CAPILLA ALFONSINA

y que no anduviésemos sino con mucha precaucion, porque estas espesuras abrigaban leones, panteras y gatos tigres. No vimos ninguno á la verdad; pero oimos en el fondo de la espesura muchos rugidos y ruidos semejantes á los que hacen los grandes animales al atravesar los espesos matorrales. Empleamos una ó dos horas en recorrer las partes accesibles de la orilla de este famoso rio, y vimos que en algunos puntos los árabes de las tribus salvages de los montes de la Arabia Petrea, á cuyos pies estábamos, habian incendiado el bosque para penetrar en él, ó para llevarse la leña, y quedaban muchos troncos que tenian calcinadas las cortezas; pero que al rededor habian retoñado, y las enredaderas de este fértil suelo habian enlazado de tal modo los árboles viejos con los jóvenes, que daban al bosque una singular estrañeza, sin ser por eso menos vasto y lujoso. Cogimos una gran porcion de ramas de sáuces, de álamos y de todos los árboles de vástago largo y bonita corteza, cuyos nombres ignoro, para regalar á nuestros amigos de Europa, y nos dirigimos al campamento que nuestros árabes habian cambiado de sitio durante nuestra escursion á la orilla del rio. Habian descubierto otro punto mas ameno y mas á propósito para fijar las tiendas; era un prado de menuda yerba, tan fina y tan espesa, como si sus tallos hubiesen sido despuntados por una manada de carneros. En este prado habia diseminados algunos arbustos de hoja ancha, y algunas copas de pequeños platanos y sicomoros, imprimian sobre la yerba una mancha de sombra, que podia abrigarnos del sol, y mantener al fresco nuestros caballos. El Jordan, cuyo curso estaba á veinte pasos, habia formado

un pequeño golfo poco profundo en medio de este claro del bosque, y sus aguas venian á girar á los pies de dos ó tres álamos grandes; una pendiente suave conducia hasta el rio, y permitia llevar á beber uno á uno nuestros caballos, é ir tambien á bañarnos nosotros: plantamos pues allí nuestras dos tiendas, é hicimos el alto del dia.

Al siguiente, 2 de noviembre, continuamos nuestra marcha en direccion de los altos montes de la Arabia Petrea, perdiendo de vista y volviendo á encontrar el Jordan, segun las sinuosidades de su curso, y adelantando siempre hácia el mar Muerto. No lejos del rio, en un punto del desierto, que no sabría designar, se encuentran las ruinas todavía imponentes de un castillo de los cruzados, construido sin duda para proteger el camino: esta construccion, que está inhabitada, y puede servir de emboscada á los árabes para asaltar y robar las caravanas, produce en medio de estas olas de arena el efecto de un casco de un buque abandonado en el horizonte del mar. A medida que uno se aproxima al mar Muerto disminuyen las ondulaciones del terreno, la pendiente se inclina insensiblemente hácia la costa, la arena está mas esponjosa, y los caballos, que ahondan en ella los pies, adelantan con mas trabajo. Cuando advertimos la reverberacion de las olas, no pudimos reprimir nuestra impaciencia, y partimos al galope para precipitarnos en las primeras que dormian delante de nosotros, y que resplandecian como el plomo derretido sobre la arena. El scheik de Jericó y sus árabes que nos seguian, creyeron que queriamos correr con ellos el Djerid, y partieron al mismo tiempo por el llano

CAPILLA ALFONSINA

en todas direcciones, volvian hácia nosotros lanzando gritos, y blandian sus largas lanzas de cañas, como si hubiesen querido atravesarnos; despues detenian en seco sus caballos, los hacian arrodillar, y volvian á partir nuevamente para volver aun. Llegué yo el primero, gracias á la celeridad de mi caballo turco; pero á treinta ó cuarenta pasos de las olas, la arena mezclada de tierra es tan húmeda, y tiene un fondo tan pantanoso, que mi caballo se ahondo hasta el vientre, y creí sumergirme. Volví, pues, atras, y bajando de él, nos acercamos á pié hasta la orilla. El mar Muerto ha sido descrito por muchos viajeros, y yo no he averiguado ni el peso específico de sus aguas, ni la cantidad relativa de sal que contienen; no era la ciencia ni la crítica lo que yo iba á buscar. Me habia dirijido á él simplemente porque era mi camino; porque estaba en medio de un famoso desierto, y porque era famoso el mismo por haberse tragado las ciudades situadas en otro tiempo en aquel mismo sitio, en donde veia estenderse sus inmóviles olas. Sus costas son llanas por los lados de Oriente y Occidente; y por Norte y Mediodia está encajonado entre los altos montes de la Judea y de la Arabia, que bajan casi hasta sus aguas. Las de la Arabia, no obstante, se separan algo mas especialmente por el lado de la desembocadura del Jordan, donde nosotros estábamos. Estas costas se hallan enteramente desiertas; el aire está inficionado y es malsano; nosotros mismos sufrimos su influencia en los pocos dias que pasamos en este desierto; todos sentimos una grande pesadez en la cabeza, y como un movimiento febril, cuyos síntomas no nos dejaron

hasta que abandonamos esta atmósfera. No se distingue isla alguna, y sin embargo, á la puesta del sol, y desde lo alto de una loma de arena, creí descubrir dos á la estremidad del horizonte por el lado de la Idumea; mas los árabes no conocen ninguna, porque el mar tiene treinta leguas de largo, y ellos no se aventuran á seguir hasta tan lejos esta costa.

Ningun viajero ha podido tentar una navegacion por todo el rededor del mar Muerto, ni este ha sido visto jamás por la estremidad opuesta, ni por sus dos costas de Judea y de Arabia. Creo que somos los primeros que hemos podido examinarle en tres de sus fases, y si hubiésemos tenido mas tiempo, nada nos hubiese impedido hacer traer tablas de pino del Líbano, de Jerusalen ó de Jaffa; construir allí mismo una chalupa, y visitar pacíficamente todas las costas de este maravilloso mediterráneo. Los árabes, que por lo comun no dejan acercar á los viajeros á este mar, y cuyas preocupaciones se oponen á que se intente navegar por él, estaban entonces tan sujetos á nuestra voluntad, que no hubieran puesto obstáculo á esta tentativa Ciertamente la hubiera yo puesto por obra si hubiera podido prever la acogida que nos hicieron estos árabes: mas era tarde; hubiera sido necesario enviar á Jerusalen á buscar carpinteros para construir la chalupa; esto y la navegacion nos hubiese costado tres semanas, y teniamos contados los dias; asi es que tuve que renunciar á este proyecto, aunque con mucho sentimiento. Otro viajero que se encuentre en iguales circunstancias que yo, podrá facilmente verificarlo, y difundir sobre este fenómeno natural y sobre esta

CAPILLA ALFONSINA

geográfica cuestion, las luces que la ciencia reclama hace tanto tiempo.

El aspecto que el mar Muerto presenta no tiene de triste ni fúnebre sino la idea de él, pues á la vista es un resplandenciente lago, cuya sábana inmensa y argentada refleja la luz y el cielo como un espejo de Venecia, con montes de hermosas formas que estienden sus sombras hasta sus orillas. Se dice que en su seno no hay pescados, ni pájaros en sus costas. nada puedo decir acerca de esto; pues si bien es verdad que no vi gaviotas ni otros pájaros marítimos, ni esas hermosas aves blancas semejantes á palomas marinas que nadan todo el dia sobre las olas del mar de Siria y acompañan los barcos sobre el Bósforo, tambien lo es que á algunos centenares de pasos del mar Muerto, tiré y maté pájaros, semejantes á los patos silvestres, que se levantan de las orillas pantanosas del Jordan. Si el aire de este mar fuese para ellos mortal, no se acercarian tanto ni se aventurarían á respirar sus mefíticos vapores. Tampoco noté las ruinas de las ciudades tragadas por el mar, que dicen se ven á poca profundidad del agua: los árabes que me acompañaban suponian que se descubrian á veces; mas yo seguí mucho tiempo las costas de este mar, tanto por el lado de la Arabia en donde desemboca el Jordan, cuyo rio es allí verdaderamente como lo describen los viajeros, un pantano de agua salada sobre un fondo de cieno; como por el lado de las montañas de la Judea, donde las costas se elevan y toman á veces la forma de las ligeras dunas del Océano. La superficie del agua nos presentó por todas partes el mismo aspecto de brillo, de color

azulado y de inmovilidad. Los hombres han conservado la facultad que Dios les dió en el Génesis de llamar las cosas por sus nombres: este mar es hermoso, resplandece con la reflexion de sus aguas, inunda de luz el desierto inmenso, atrae la vista y fija el pensamiento; pero está verdaderamente muerto: allí no hay ruido ni movimiento. Sus ondas, demasiado pesadas para el viento, nunca se despliegan sonoras, nunca la blanca guarnicion de su espuma salta ni blanquea las piedras de su orilla, y parece un mar petrificado. ¿Cómo se ha formado este mar? Ciertamente como dice la Biblia, y como lo indica la verosimilitud: en el vasto centro de cadenas volcánicas que se estiende desde Jerusalen hasta Mesopotamia, y desde el Líbano á la Idumea, se habrá abierto un cráter en el tiempo en que las siete ciudades poblaban su llanura: las ciudades habrán sido conmovidas por el temblor de tierra: el Jordan, que corria segun toda probabilidad al través de estos llanos é iba á desembocar en el mar Rojo, destinado repentinamente por los volcánicos montecillos salidos de la tierra, y engolfándose en los cráteres de Sodoma y de Gomorra, habrá formado este mar, corrompido por la sal, el azufre y el betun, que son alimentos y productos ordinarios de los volcanes: he aquí lo mas verosimil; esto no da ni quita cosa alguna á la accion de la eterna voluntad, que unos llaman milagro y otros naturaleza. ¿Naturaleza y milagro no es una misma cosa? ¿El universo mismo no es á cada instante un milagro continuado?

CAPILLA ALFONSINA

La misma fecha.

Hemos vuelto al valle de San Sabas por la parte setentrional del mar Muerto. El desierto por esta parte está mucho mas pronunciado, cubierto de olas enormes de tierra y arena que nos es preciso rodear ó saltar. La fila de nuestra caravana se dibujaba ondulante por encima de estas olas, como una gran escuadra sobre un alborotado mar, de cuya escuadra distingue uno y pierde alternativamente de vista diferentes buques entre los pliegues de las olas. Despues de dos horas de camino, algunas veces sobre llanuras lisas, en las que corriamos al galope, y otras sobre barrancos de arena á los que rodaban algunas veces los caballos, distinguimos el humo de las casas de Jericó. Los árabes se desprendieron de la caravana y corrieron á la ciudad, y dos solos se quedaron con nosotros para enseñarnos el camino: á la inmediacion de ellas los principales árabes salieron á recibirnos, y nosotros acampamos en un terreno sembrado de palmeras, en que corria un riachuelo: establecidas inmediatamente nuestras tiendas, encontramos preparada la cena, gracias á los regalos de toda especie que nos trajeron los árabes. El que montaba el caballo que yo habia querido comprar, pareció admirar el caballo turco que yo habia montado la víspera: la conversacion se entabló diestramente sobre nuestros mutuos caballos, y él alabó mucho los que me pertenecian: le propuse cambiar el suyo por el mio, y entramos en materia sobre lo que yo le debia volver; pero nada se decidió, porque cuando yo iba á fijar al precio manifestaba tanto sentimiento de des-

prenderse de su animal, que nos fuimos á acostar sin hacer ajuste. A la siguiente mañana cuando todos los caballos estaban embridados y montados para marchar, le hice algunas proposiciones, y se determinó á montar mi caballo turco: galopó en él por el llano, y seducido por sus brillantes cualidades me envió el suyo por medio de su hijo; le dí novecientas piastras en el acto, lo tomé y partí. Toda la tribu parecia verlo alejar con sentimiento; los muchachos le hablaban; las mujeres lo señalaban con el dedo, y el scheik volvia á cada instante á mirarle y hacerle signos cabalísticos, que hacen siempre los árabes á los caballos que compran ó venden. El animal mismo parecia comprender la separacion de su amo, y bajaba tristemente la cabeza sombreada por sus soberbias crines, mirando á derecha é izquierda el desierto con un ojo triste é inquieto. El ojo de los caballos árabes puede suplir por una lengua; este hermoso ojo destaca su pupila de fuego en el blanco de su globo y de la ensangrentada órbita, y todo lo dice y todo lo comprende. Hacia algunos dias que yo habia dejado de montar el caballo que me gustaba mas. Una de las innumerables supersticiones de los árabes es la de tener setenta señales buenas ó malas para conocer el horóscopo del caballo; y el conocimiento de estas señales es una ciencia que poseen todos los hombres del desierto. El caballo de que hablo, que yo llamaba Líbano, porque le habia comprado en este monte, era jóven y soberbio, entero, grande, valiente, infatigable y manso; en él no he advertido ni la sombra de un vicio en el trascurso de quince meses que lo he montado; empero tenia en su pecho y

CAPILLA ALFONSINA

en la disposicion occidental de su hermoso pelo tordo, una especie de espiga, que los árabes comprenden entre las señales funestas. Me lo habian advertido al comprarlo; yo no habia puesto reparo alguno, por la sencilla razon de que una señal funesta para un mahometano era una señal favorable para un cristiano: á esto no tuvieron que responder, y yo montaba el Líbano, siempre que tenia que hacer jornadas mas largas ó mas malas que las ordinarias. Cuando llegábamos á una ciudad, ó nos acercábamos á una tribu, los árabes y los turcos, admirados de la belleza y vigor de mi caballo, comenzaban por felicitarme de esta adquisicion, y lo miraban con envidia; pero despues de un momento de admiracion, si descubrian la señal funesta, tapada por el petral y por el amuleto ó preservativo que todos los caballos llevan allí colgado al cuello, los árabes se acercaban á mí, y cambiando la espresion de su fisonomía en un aire grave y afligido, me indicaban que no debia montar aquel caballo. Esto me importaba muy poco en la Siria, pero en la Judea y en las tribus del desierto podia influir en contra de mi consideracion, y destruir el respeto y prestigio de que estaba rodeado; con este motivo dejé de montarlo, y lo conducian de la mano. Mucha parte de la deferencia y veneracion que nos mostraron, creo que fué debida á la hermosura de doce ó quince caballos árabes que llevábamos. Un caballo en Arabia es la fortuna de un hombre, porque lo supone todo, ocupa lugar de todo, y se forma una idea muy ventajosa de un franco que posee tantos y tan hermosos caballos como su scheik ó su pachá.

Tornamos á Jerusalen por el mismo valle que habíamos atravesado de noche al llegar á Jericó. Antes de entrar en la primera garganta de los montes, y sobre una ancha y hermosa plataforma que domina el llano, vimos evidentes señales de antiguas construcciones, y supusimos que este era el sitio donde habia existido la antigua Jericó; pues se han necesitado grandes progresos de civilizacion para construir las ciudades en los llanos, y nunca se suele uno engañar cuando busca sobre las alturas las ruinas de los pueblos antiguos: En esta garganta es donde coloca la interesante parábola del samaritano, la escena del homicidio y de la caridad. Parece que en el tiempo del Evangelio estos valles tenian mala fama.

Nuestra jornada fué muy pesada, tanto por catorce horas de camino monotono, cuanto por el escesivo ardor del sol, reflejado por las laderas escarpadas de los cerros que formaban los valles. En estas catorce horas de marcha solo encontramos á un pastor árabe que apacentaba sobre la cumbre de un collado, un gran rebaño de cabras negras.

Acampados al pié de los muros de Jerusalen, junto a la piscina de Salomon—2 de noviembre.

Deseábamos dedicar un dia á la oracion en el mismo lugar, hácia el cual se vuelven los cristianos á orar, del mismo modo que los mahometanos se vuelven hácia la Meca. Para ello nos valimos del religioso que regenta el curato de Jerusalen, á fin de que por todos nuestros parientes vivos y muertos, por todos los amigos, de todos

CAPILLA ALFONSINA

los tiempos y de todos los lugares, y por nosotros mismos, celebrase la conmemoracion del grande y doloroso sacrificio, que habia regado esta tierra con la sangre del Justo, para que germinase en ella la caridad y la esperanza: todos asistimos, con los sentimientos que nuestros recuerdos, nuestros dolores, nuestras pérdidas, nuestros deseos, y los diferentes grados de piedad y de fé nos inspiraban á cada uno.

Escogimos por templo y altar la gruta de Gethsemaní en el hueco del valle de Josafá; pues en esta caverna, que está al pie del monte de los Olivos, es donde Jesucristo se retiraba, segun las tradicciones, para huir de la persecucion de sus enemigos, y de la importunidad de sus discípulos: allí se entregaba á su celestial contemplacion, y pedia á su Padre, que el cáliz demasiado amargo que él mismo habia llenado, no pasase por sus labios; allí fué donde dijo á sus tres amigos la víspera de su muerte, que quedasen á cierta distancia, y que no se durmiesen; y en donde se vió precisado á despertarlos por tres veces, pues tanta es la facilidad que el celo de la caridad tiene para entibiarse en los hombres; allí finalmente fué donde pasó las horas terribles de agonía las cuales fueron una lucha inefable, entre la vida, y la muerte, la voluntad y el instinto; entre el alma que quiere libertarse de la materia, y esta que resiste porque está ciega. Allí fué donde sudó agua y sangre, y donde cansado de combatir consigo mismo, sin que la victoria de la inteligencia tranquilizase sus pensamientos, pronunció aquellas palabras finales, aquellas que reasumen al hombre y el Dios, aquellas palabras que han llegado á ser la sabiduría de todos los

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA